



## Hojas de reflexión

Es posible que el sacerdote crea que el poder y la verdad de la Palabra que predica convencerán y cautivarán por sí solos a sus oyentes. Su tarea, piensa, consiste en presentar primero esa palabra sin ambigüedad y aplicarla luego a las vidas de las personas que forman su congregación: el típico sermón de «exégesis y alimento para el pueblo».

Paul Tillich señaló en una ocasión que el error fundamental que cometen los predicadores y maestros consiste en comunicar la verdad del Evangelio sin suscitar primero en las mentes de sus oyentes la pregunta o preguntas implícitas a las que esa verdad ofrece respuesta, al menos parcialmente. Según Tillich, el sermón debe confrontar antes que nada la ambigüedad, el dolor y el privilegio de la condición humana... Plantear estas preguntas despierta la sed del poder y la verdad sanadora de la palabra divina. El corazón, por así decirlo, se inclina hacia delante, aguzando el oído para oír del Señor una palabra consoladora e interpeladora. [...]

Por mucho que se diga, el sacerdocio sigue siendo una de las formas de vivir y servir a los demás más llenas de sentido. En cuanto servidor de la palabra de Dios, el sacerdote tiene el privilegio de hablar de algo realmente importante, y haciéndolo se convierte en mediador de sentido. Esto exige que el sacerdote mire con ojos de artista y escuche con oídos de poeta; exige un compromiso con la soledad para escuchar lo que sólo un corazón sereno puede escuchar. Conformado y purificado por la Palabra, está dispuesto a transmitirla audaz y esmeradamente a sus feligreses [...] Si se atreve a nombrar la presencia de la gracia divina en medio de sus feligreses, es sólo porque para hacerlo se pone en manos de la propia gracia.

### El servicio de la palabra.

(de D. B. COZZENS, *La faz cambiante del sacerdocio*, Sal Terrae 2003, 118-32. Selección)

En los últimos años, los sacerdotes se han visto instados a considerar desde una nueva perspectiva su responsabilidad como servidores de la Palabra. Este requerimiento comenzó a cobrar seriedad con la insistencia de los padres conciliares en que «los sacerdotes... tienen como obligación principal el anunciar a todos el Evangelio de Cristo» (PO 4) y fue desarrollado por la *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI (Nº 68). [...]

En el caso del sacerdote, a quien se le pide que haga de la predicación su principal ministerio, el deseo de ocuparse de la Palabra con reverencia e imaginación debe resultar evidente a todos. Aunque no sea sino un peregrino junto con el resto de los creyentes, su propia conciencia de hombre y de sacerdote predispone a la congregación a escuchar de él una palabra procedente del Señor. No debería caber duda alguna de que él mismo ha escuchado humildemente la palabra del Señor. En el cuidado con que personalmente se ocupa de la Palabra se perfila su identidad como sacerdote. En el poder de esta palabra encuentra el coraje necesario para permanecer fiel a su vocación de hombre de Iglesia sin dejar de ser él mismo. [...]

En el proceso de custodiar fielmente la Palabra, el sacerdote descubre que al mismo tiempo está cuidando de su espíritu. Referido más directamente al núcleo de su misión: cuidar de la Palabra es la forma más pura de ocuparse de la gente de su parroquia. Redimido él mismo por esta palabra, traga saliva y se lanza a hacer aquello para lo que fue ordenado, se lanza a predicar.

En mi opinión los sacerdotes se atreven con demasiada frecuencia a predicar por su cuenta y riesgo. Algo no demasiado extraño, porque, a fin de cuentas, ante el ambón se encuentran solos. Cuando proceden así, antes o después se revela la profundidad o la superficialidad de su espíritu. ¿Hay algo en la liturgia que pueda hacerse más en solitario? Sin embargo, el sacerdote no predica solo, sino que recibe aliento de todos cuantos predicán en el nombre del Señor. Algo importante se pierde cuando el sacerdote olvida que es uno más en la compañía de predicadores, que está vinculado al obispo, a los presbíteros y a los diáconos de su Iglesia particular y que participa en la misión común de ser servidores de la Palabra. También se halla vinculado al conjunto de hombres y mujeres ungidos por el Espíritu de Dios y habilitados por las autoridades eclesiales para predicar la palabra liberadora y salvadora de Dios.

Sospecho que los predicadores tienden a olvidar que comparten una unción común como servidores de la Palabra. En cuanto tales están llamados a animarse unos a otros, a conferirse unos a otros fuerza e inspiración, a sostenerse unos a otros en la oración y en el cariño común. Los sacerdotes que se reúnen regularmente con otros predicadores para preparar la homilía dominical reconocen, sin dudarlos ni por un instante, lo mucho que les aporta: una reavivada conciencia sacramental, un horizonte exegético más amplio, sucesos o factores concretos que afectan a la Iglesia particular, relatos que sintonizan adecuadamente con las lecturas... no pueden menos de implicarse en lo que han dado en llamarse *compartir la fe y la vida*. En este cuidado común de la Palabra descubren que ésta, a su vez, también cuida de ellos.

A estas alturas ya debería haber quedado claro que el cuidado de la Palabra constituye el núcleo de la espiritualidad del sacerdote. Es a él a quien ha sido encomendada. Karl Rahner escribe: «Esta

palabra eficaz ha sido confiada al sacerdote. A él le ha sido dada la palabra de Dios. Eso es lo que le constituye sacerdote». Por consiguiente, una espiritualidad sacerdotal que no esté fundada en la palabra salvadora de Dios y en el cuidado de la misma carecerá de la profundidad y el poder que caracteriza esta palabra

Abraham Heschel plasmó la esencia de esta íntima relación entre palabra y espíritu cuando afirmó que él predicaba para orar («Predicar para orar. Predicar para inspirar a otros a orar. La piedra de toque de un verdadero sermón es que pueda ser convertido en oración»). La oración debe preceder, por supuesto, a la predicación, pues una homilía sólo es viva cuando brota de las entrañas espirituales del predicador, alimentadas y sustentadas por la oración. Sin embargo, si el hecho de predicar no empuja al sacerdote a orar, al menos durante la mayor parte del tiempo, algo no marcha bien en su espíritu. Quienes cuidan de la Palabra de Dios por medio de la predicación sienten cómo, después de predicar, en su interior brota un callado pero insistente deseo de soledad. [...] Así pues, a la luz de su vocación de custodio de la Palabra, bien puede decirse que la decisión más importante que puede tomar un sacerdote es la de orar.

Sin un decidido compromiso con la oración, el ministerio de predicar tanto los domingos como en la liturgia diaria deviene una carga insoportable para el sacerdote... y para quienes lo escuchan. El sacerdote espiritualmente vacío no custodia la Palabra: la subvierte. Con una pasión inusitada en él, Rahner insistía en que

*La palabra de Dios en boca de un sacerdote vacío de fe y amor es merecedora de un juicio más terrible que toda versificación y cháchara poética en boca de un pretendido poeta que en realidad no es tal. Que un hombre hable sobre lo que no hay en él supone ya una mentira y demanda un juicio. ¡Cuánto más si habla de Dios estando vacío de Dios!*

Fiel a la oración y a la *lectio divina*, a la callada escucha de la voz de Dios tal como se le revela en los acontecimientos de cada día, la custodia de la Palabra se convierte en la roca de salvación del sacerdote, en la piedra angular de su vida espiritual. [...]